

28 de mayo de 2017

**¡Felices los
que trabajan
por la Paz!**

Ascensión del Señor – Ciclo A 28 de mayo de 2017

Hechos 1, 1-11
Salmo 46
Efesios 1, 17-23
San Mateo 28, 16-20

La Ascensión del Señor

“Yo me llamo Analbina y vengo de Vista Hermosa, Meta. Vivía con mis tres hijos en Soacha y un señor nos dijo que había trabajo en el Meta, entonces nos fuimos. Allá, yo les cocinaba a unos obreros, y un día que yo estaba trabajando llegó la guerrilla y me dijo que se iban a llevar a mis hijos, que pasaban por ellos a las seis de la tarde. Al rato, mis hijos llegaron a almorzar, pero yo no les dije nada, ni a mis patronos tampoco. Antes de irse, les pedí que se quedaran conmigo. Ellos me dijeron que el trabajo estaba bueno y se fueron. Me quedé callada. Se fueron a trabajar y no volvieron, se los habían llevado. Al otro día los busqué y nada. Cuatro, cinco días y nada. Ya me resigné y seguí ahí en la finca, hasta que un día la guerrilla me dijo que me tenía que ir o si no me mataban y me quitaban a mi hijo menor. Entonces me devolví para Soacha y busqué un número de teléfono a donde llamar a mis hijos. Hasta que un día me llegó una carta de mis niños, diciéndome que me resignara, que tenía que seguir adelante. Como al mes, mi hijito me llamó a mi celular; no sé cómo se consiguió el número. Me dijo que lo fuera a visitar y entonces me dio las instrucciones. Cuando me encontré con él, lo primero que le pregunté fue dónde estaba el hermano. Ahí fue cuando me dijo la verdad. Me contó que lo habían matado en un enfrentamiento entre la guerrilla y el Ejército. Eso fue en el 2007. Luego duré cuatro meses sin saber de él, hasta que me volvió a llamar en septiembre y me dijo que lo volviera a visitar en diciembre. Cuando se despidió, me dijo que me quería mucho, que me cuidara y que cuidara a su hermanito. Ya en noviembre yo estaba en un puente cerca de San Mateo y a las diez de la mañana sonó el celular. Era una pelada diciéndome que a mi hijo me lo habían matado el 7 de noviembre, que me fuera de una a recoger el cuerpo. Eso fue terrible. Me tocó pedir un permiso ahí a los de la guerrilla para que me dejaran desenterrar a mi muchacho. Cuando llegué, el sepulturero me dio una pala y me tocó sacar a mi hijo que estaba como un perrito, botado en unas bolsas negras. Yo me desmayé y todo. Para llevarlo a la funeraria me tocó devolverme hasta Soacha. Eso fue muy triste. Él está sepultado en El Charquito. Todavía estoy buscando el cuerpo de mi hijo mayor. Cuando sale en las noticias que encontraron unas fosas comunes, yo llamo... pero nada. Todavía nada”. (Voces: Relatos de violencia y esperanza en Colombia. Banco Mundial, 2009).

¡Felices los que trabajan por la Paz!

Hoy es la celebración de la Ascensión del Señor, tiempo propicio para afianzar nuestra paciencia y esperanza en la venida o instauración del Reino de Dios. En otras palabras, la espera paciente del momento cuando Jesucristo finalmente reine en nuestros corazones.

Para muchos colombianos que han sufrido la tragedia de la guerra en carne propia como Analbina, dicha paciencia y esperanza podrán servir para confortarla mientras sigue buscando el cuerpo de su hijo. ¿Quién sabe? Tal vez durante este tiempo de voluntad de paz con las Farc existan mayores probabilidades de encontrarlo y menores de que el único hijo que le queda sea reclutado para la guerra. En definitiva, ¿No es esto lo fundamental que debe buscar toda negociación de Paz: que no haya nuevas víctimas ni más sufrimiento por causa de la guerra? En relación con el proceso de paz que vivimos en Colombia actualmente, podemos decir que éste marcha pero no sin dificultades.

La impaciencia y el pesimismo son tentaciones comunes. Quisiéramos ver cambios positivos rápidamente, pero la violencia y su amenaza constante no han desaparecido. ¿Qué podemos aprender de la escena de la Ascensión del Señor sobre lo anterior? En el principio de los Hechos de los Apóstoles se narra cómo los discípulos le preguntan a Jesús resucitado acerca del tiempo de la restauración de Israel y Él les responde: «No les toca a ustedes conocer los tiempos o momentos que el Padre ha establecido con su propia autoridad...» Paciencia. Durante más de 2000 años los cristianos hemos esperado, cultivado y transmitido el anhelo de una realidad que desafía un orden de las relaciones humanas impregnado de violencia, injusticia e inequidad. Nos referimos a aquella realidad como el reino de Dios.

Hemos comprendido que la construcción de tal realidad requiere tanto de la mano humana, más bien de su corazón, como también de la Gracia de Dios. Se trata entonces de una construcción permanente. Una realidad que en parte ya está presente por la presencia del Espíritu Santo pero que todavía no se realiza plenamente. Hemos aprendido a esperar porque también somos conscientes de la realidad del pecado obstaculizando el reinado de Dios. Jesucristo reinará sobre todo lo visible y lo invisible solo si aceptamos que reine en nuestras vidas. Pero ¿es el poder de su amor más importante que cualquier otro poder? ¿Aceptamos la soberanía de Dios siguiendo las indicaciones de su Espíritu? ¿Puede servir algo la paciencia referida a la espera del reino de Dios en relación ahora con la construcción de la paz en Colombia?

